

En la puerta de la sala Camilo Henríquez, un señor bajito y calvo vende programas de la función que está a punto de comenzar.

De cuando en cuando se asoma a la sala, para ver si ya está llena.

—¿Cómo andamos esta noche?

—le pregunta al boleterero.

Juan Radrigán —el señor que vende los programas— es el autor de *Hechos Consumados*. Y es también uno de los forjadores de la Compañía de Teatro Popular El Telón. Alabado por la crítica y considerado uno de los buenos dramaturgos actuales, ha optado por vivir la aventura y el riesgo de dedicarse al teatro, haciendo de él una forma de vida y —sobre todo— un medio para decir lo que cree necesario decir.

DE LIBRERO A DRAMATURGO

—Sabe... yo soy medio malo para hablar, así que le va a costar entrevistarme— dice al comenzar.

Pero habla. Despacito y con mucha calma. Es un poco irónico y un poco ingenuo. Seguro que se siente más cómodo vendiendo programas que frente a la grabadora. La función está por comenzar y la sala casi llena. Hay que apurarse.

—¿Cuándo y por qué empezó a escribir teatro?

—En 1979..., antes tenía una librería de viejos frente a la Plaza Almagro y, antes, era tejedor. Mi primera obra fue Testimonios sobre las muertes de Sabina

—¿Por qué comenzó a escribir teatro?

—Porque encuentro que es la forma más directa de decir una serie de cosas que es necesario decir. Siento que vivimos tiempos muy sombríos y que es necesario buscar una salida.

—¿Sus obras proponen esa salida?

—Claro..., en la medida que no proponen ninguna. Yo creo que frente a determinados hechos es necesario tocar fondo, y decidir desde ahí si uno va a subir o... a morir.

—O sea, usted es un existencialista...

—Tal vez. Yo más bien creo ser un humanista. Pienso que la gente mientras tenga



EN ESCENA: *Hechos consumados*, violentos, cálidos, tiernos e irónicos.

alguna posibilidad de seguir cayendo lo sigue haciendo. Quiero decir que si a alguien le pagan, por ejemplo, treinta pesos por trabajar un día, trabajará por esos treinta pesos con tal de no hacer el enorme esfuerzo de decidir... tal vez yo pretendo que la realidad contradiga esta visión mía. Así que escribo sobre lo que veo... y espero la reacción de las personas.

—¿Será entonces que su creación se inscribe en lo que se llama teatro social, teatro de protesta?

—No..., para nada, más bien se trata de un teatro universal, porque sacrificios y miseria hay en todas partes. A otra gente le dan ganas de ponerle nombre a lo que yo hago, yo simplemente escribo.

AL FILO DE LA NAVAJA

La librería de la Plaza Almagro pasó a mejor vida hace tiempo. Según Radrigán la gente ya no compra libros, salvo novelas de vaqueros o literatura pornográfica, ("pienso que cuando las personas se sienten

angustiadas buscan aventuras, y si no pueden vivirlas, las compran"). Tiene dos hijos, uno aún estudia enseñanza media y la mayor quiere estudiar arqueología ("pero es muy caro, así que no puede"). Pasa de un tema a otro. Dice que preconiza un teatro desnudo de escenografía y recursos fáciles, un teatro donde el actor sea lo fundamental. No quiere complicarse con la autocensura, aunque a veces tiene miedo:

—Hay momentos en que me siento al filo de la navaja. Y no es que tema por mí, al fin de cuentas si uno elige hacer algo tiene que asumir las consecuencias. Son los que me rodean, mi familia, la que me preocupa. Pero no creo en la autocensura, no tacho frases, lo largo todo no más. Si uno se guarda cosas, van creciendo adentro, como pus, y al final uno se corrompe. Yo no me puedo quejar, nunca me han creado problemas. Es que no sólo hablo de aquí y ahora, cuestiono problemas que afectan a todo el mundo. Lo que me preocupa es que mi pedazo del mundo tome conciencia de ellos.

UN LUJO QUE POCOS SE PERMITEN

Al calor de cafecitos y conversaciones, nació en 1979 la Compañía El Telón. Los actores Pepe Herrera, Nelson Brodt y Mariela Roi, más el propio Radrigán, dieron forma a la idea de un teatro afincado en la realidad nacional, exento de concesiones, vinculado a los sectores populares y que —por sobre todo— se propone hacer pensar.

—¿Cómo se financia esta compañía?

—Financiarnos es una palabra muy grande... vivimos, sobrevivimos más bien. Es muy difícil pues no tenemos sala, nunca hemos tenido. Por lo tanto tampoco tenemos estabilidad laboral. Un día conseguimos una sala como ésta y al siguiente estamos en un sindicato o en una población. Pero lo importante es que estamos y que podemos hacer lo que creemos justo. Ese es un lujo que no muchas personas se permiten. Y nosotros lo pagamos.

LA POSIBILIDAD DE ELEGIR

Pepe Herrera y Jaime Wilson son parte de

la Compañía. En los camarines, entre latas de crema y potes de maquillaje, conversaron con *La Bicicleta*:

—Nosotros —señala Pepe Herrera— hemos elegido una forma de teatro y un objetivo artístico. Es cierto que nos cuesta mucho ganar plata para vivir, pero no por eso nuestro trabajo es menos valioso o le dedicamos menos esfuerzo. Por el contrario, estamos empeñados en llegar con nuestro trabajo a sectores tradicionalmente marginados de él, a los sectores más pobres.

—Seguramente —acota Jaime Wilson— la respuesta a nuestro problema laboral sería que la sociedad asumiera el arte como un imperativo tan urgente como la producción material y —por tanto— proteja, financie, resguarde el trabajo del artista. Eso hoy no se da. Pero para que algún día llegue a suceder alguien tiene que comprometerse. Nosotros lo hemos hecho, y estamos contentos.

—Se dice que ciertas manifestaciones artísticas, el teatro entre ellas, no interesan a los sectores populares. ¿Es eso cierto?

—Yo creo —dice Pepe Herrera— que para poder elegir lo que me gusta o no, debo tener posibilidad de optar. Y los sectores populares, los trabajadores, no tienen frente al arte esa posibilidad. Los \$ 350 que cuesta una entrada, en un sueldo escaso tienen un valor inmenso. Si se destinan a ver una obra, suele significar no dedicarlos a comer o a movilizarse. Y eso no es una elección posible.

—Sin embargo —interviene Jaime Wilson— cuando nosotros vamos a sindicatos o poblaciones, donde cobramos por entrada lo que cada asistente pueda aportar, encontramos un público numeroso, interesado, enriquecedor, con el cual crecemos en cada función".

A ESCENA

Suena un timbre y en los camarines todo se vuelve apuro. Ya se apagan las luces de la sala y se hace el silencio. En escena tres personajes construirán un diálogo violento, cálido, cargado de ternura e ironía.

Y después... (ahora) quizás sobre qué escenario estarán los actores y el dramaturgo que con tanto trabajo financian uno de los lujos más caros por estos días: hacer lo que creen justo. 